

Largo Caballero y la herencia de Pablo Iglesias

Julio ARÓSTEGUI

Universidad Complutense de Madrid

julioar@ghis.ucm.es

Nunca se ha discutido que el socialismo español del primer cuarto del siglo XX se identificó en muy alta medida con la figura, la actividad, la obra y hasta los escritos de alguien que no fue, sin embargo, un gran creador de doctrina, el “fundador”, “el abuelo” Pablo Iglesias. Tampoco se ha dudado de que el paradigma socialista fundamentado en una forma sistematizada y coherente de entender la acción obrera en la política y en el sindicalismo que representó Pablo Iglesias dejase tras sí, tras su muerte en 1925, una huella durable. La obra del fundador, su forma de concebir la praxis de la reivindicación obrerista, su cuidado constante de la preservación de la organización, sus inspiraciones prolongadas y hasta reiterativas, tuvieron seguidores más o menos cercanos dentro del socialismo. Esa huella, por lo demás, se acusó especialmente en la actividad sindical más que en la política.

Aunque la afirmación pudiese parecer insospechada, una de las grandes personalidades del socialismo español, Francisco Largo Caballero, rodeado en la historia de nuestro socialismo por el halo del reformista sedicentemente revolucionario, de la incontinencia verbalista o de los cambios bruscos en su práctica de la estrategia y el liderazgo, aparece como uno de los más cercanos y fieles seguidores de aquella práctica “pablista”. En las líneas que siguen, trataré de hacer una semblanza somera pero argumentada de esta herencia pablista en Caballero, entre las de otros militantes y dirigentes que puede decirse que la recogieron igualmente.

1. Masa y liderazgo

Como es más que sabido, en el socialismo español convivieron, no siempre pacíficamente, dirigentes y corrientes de diversa tendencia que identificamos por lo común con el cuadro básico que nos ha legado la situación de los años treinta del siglo XX que retrataba un socialismo besteirista (Besteiro), otro prietista (Prieto) y otro, en fin, el más a la izquierda, que habría sido el caballerista. Creo que esta última tendencia fue la que mejor recogió la herencia sindical de Pablo Iglesias. Para mostrarlo, sería conveniente empezar señalando algunas referencias históricas a la propia figura de Caballero para concluir después con los fundamentos que nos permiten afirmar que Largo Caballero es un continuador de Pablo Iglesias.

Para situar los orígenes del caballerismo, en relación precisamente con la herencia pablista, empecemos trayendo a colación dos textos muy breves del propio Caballero. Uno de ellos procede del discurso que pronunció cuando se inauguró el

Mausoleo dedicado a Pablo Iglesias en el Cementerio Civil de Madrid. Era el 6 de abril de 1930. Corrían tiempos nada pacíficos tampoco. Caballero, en el tono pragmático que caracterizó toda su actividad a lo largo de su vida, aprovecharía la ocasión, más que para hablar de Pablo Iglesias, para pronunciar una lección de estrategia obrera en aquella primavera de 1930, concluida la Dictadura de Primo de Rivera y continuada ahora por la Dictadura de Dámaso Berenguer; tiempos en los que el cambio inevitable se masticaba en el ambiente. Dijo Caballero, entre otras cosas:

Se nos está diciendo que no hay en España hombres representativos que recojan la bandera que ha de servir de guía al pueblo, para que este realice la obra de emancipación pacífica necesaria en nuestro país, y yo digo, porque así lo entiendo, que los hombres representativos se van terminando ya, y se irán terminando según la masa obrera y la masa del país, como así se le llama, se vaya elevando mentalmente y comprendiendo cuáles son sus deberes¹.

Había pasado supuestamente, la época de los grandes líderes; era el momento de la “masa obrera” y “la masa del país”. Con estas palabras como guía es posible adentrarse en el pensamiento caballerista más acreditado, en el del protagonismo de la masa, siempre que esté organizada. Esta idea es originaria una vez más de Iglesias: el primado de la organización, del mantenimiento de las instituciones obreras, societarias, a lo que todo tiene que estar subordinado. El objetivo ideal socialista es el de una clase obrera que es “clase organizada”, como diría en otras múltiples ocasiones. Es decir, lo significativo es esta profesión de fe en la clase obrera, en la clase y no en los “hombres representativos”. Sería excesivamente extenso para explicar aquí por qué Caballero alude al problema de los hombres representativos dentro del propio sindicalismo y del partido socialista, donde se apuntaban ya problemas entre los líderes, sobre todo con referencia a la posición que habrían de adoptar algunos de ellos en los tiempos que vendrían.

Un segundo texto a comentar se ubica ya en los tiempos de frenética actividad política que trajeron los acontecimientos políticos de fines de 1935 y comienzos de 1936 con la convocatoria de elecciones legislativas. Como nunca antes, Caballero sumó entonces la actividad política a la sindical, aunque esa suma se mantuvo siempre presente en su vida pública. En uno de los discursos electorales de la campaña de 1936, campaña de enorme significación en su biografía, con mítines de fuerte contenido social y político y de extraordinaria agresividad verbal, Caballero haría una afirmación rotunda sobre el sentido de la política obrera,

Hay quien no tiene fe en las masas obreras, las acusan de ignorantes, las acusan de irreflexivas, pero, enemigo de halagar ni a masas ni a particulares, no he visto más instinto político que el que poseen las masas obreras. Y también tengo que declarar, que no

¹ Pongo en práctica en este texto el ahorro de notas a pie de página que no parezcan estrictamente necesarias. Para toda la obra escrita y oral de Largo Caballero anterior a 1939 el lector puede dirigirse hoy a las *Obras Completas de Francisco Largo Caballero*, edición a cargo de Aurelio MARTÍN NÁJERA y Agustín GARRIGÓS FERNÁNDEZ, Madrid y Barcelona, Fundación Pablo Iglesias e Instituto Monsa de Ediciones, 2003, 7 vol. publicados que alcanzan justamente hasta 1939.

he visto tampoco ni más reflexión en las masas que en las masas obreras, porque en cualquier otra parte donde hubiera ocurrido lo que ha sucedido en España a estas horas no sabríamos cuál hubiera sido el camino que habríamos emprendido.

Una declaración, pues, de fe en el pueblo, una declaración de fe en la masa obrera y en su capacidad transformadora. Desde le comienzo de los años treinta y a lo largo de toda aquella década, Caballero se convertiría en una figura clave del reformismo. Pero estos dos textos transcritos deben hacernos reflexionar acerca de sus posiciones sobre el liderazgo y sobre la acción de masas. En definitiva, algo muy lejano de aquella diatriba que poco tiempo después lanzaría Prieto sobre la política caballerista al acusar a ésta de querer implantar en el seno del socialismo “la planta exótica del caudillismo”².

2. Una biografía “pablista”

Francisco Largo Caballero nació en Madrid, en el barrio de Chamberí, en 1869. Era, por tanto, diecinueve años menor que Pablo Iglesias y si biológicamente no era de forma plena de la generación posterior –aunque lo era en buena parte–, históricamente sí pertenecía a ella. Caballero pertenece ya a los discípulos de Iglesias, a la generación política siguiente. Cuando Pablo Iglesias ya era el secretario de la Sección madrileña o Federación de la Internacional Obrera, nacía Largo Caballero.

No procede entrar aquí en detalles biográficos, por lo demás conocidos³. Nos limitaremos a comentar que se afilió a la Unión General de Trabajadores en 1890, cuando tiene 21 años. A partir de entonces, empieza una intensa vida sindical y política, que culminará en los primeros años del siglo con sus cargos de concejal en el Ayuntamiento madrileño, de presidente de la Mutua Obrera, de vocal de la Comisión de Reformas Sociales y, más tarde, en 1918, llega a diputado en el Parlamento en compañía de otros cinco miembros del partido. Inicia, por tanto, una etapa histórica muy importante de participación del socialismo en la vida activa del país.

Para situar su primera relación con Pablo Iglesias, acudamos a otro texto del propio Caballero, extraído de un libro muy conocido, *Mis recuerdos*, escrito en forma epistolar y publicado por vez primera en 1954⁴. Comenta que en el acto en que se fundó la Federación de Estuquistas –su oficio era el de estuquista– de la UGT habló Pablo Iglesias y la impresión que produjo en Caballero es recogida así:

Pronunció un discurso [se refiere a Pablo Iglesias] exponiendo las ventajas de la organización obrera. Era la primera vez que oía al fundador del Partido Socialista y de la UGT.

² PRIETO, Indalecio: “Posiciones socialistas” (mayo de 1935), reproducidas en *Discursos fundamentales*, prólogo de Edward MALEFAKIS, Madrid, Ediciones Turner, 1975.

³ Puede consultarse la biografía de FUENTES, Juan Francisco: *Largo Caballero, el Lenin español*, Madrid, Editorial Síntesis, 2005.

⁴ LARGO CABALLERO, Francisco: *Mis Recuerdos. Cartas a un amigo*, México, Ediciones Unidas, 1976 (2ª edición).

Excuso decirlo con el interés y atención que escuché la palabra sencilla, pero de una lógica y de una dialéctica irresistibles, del apóstol de las ideas marxistas de nuestro país. Sus palabras produjeron en mi inteligencia el mismo efecto que la luz en las tinieblas.

Con independencia de que esto sea un elogio más o menos retórico, expresa muy bien esta devoción que Caballero sintió siempre por Pablo Iglesias. No sabemos que entre estos dos hombres hubiese en el futuro disensión alguna. Caballero, en el periodo que transcurre entre 1890 y 1923 —en que se instaura la Dictadura— se dedicó fundamentalmente a la gestión sindical y sólo una vez establecida la Dictadura adquiere su actividad política un significativo relieve, aún cuando sabemos, como hemos comentado, que ya anteriormente había sido diputado socialista.

Por supuesto, el papel más importante desempeñado nunca por Caballero, con exclusión, tal vez, de su ejercicio de la Presidencia del Gobierno de la República en plena guerra civil, fue el de Secretario General de la Unión General de Trabajadores durante veinte años, con una leve interrupción en los años treinta hasta salir definitivamente de su cargo en febrero de 1938. Junto a Nicolás Redondo, ha sido el secretario sindical ugetista que más tiempo ha permanecido en el puesto. Caballero vivió los años de mayores problemas de la historia de España en el siglo XX. Sería elegido Secretario General, por cierto, justamente al crearse tal cargo en el XIII Congreso de la Unión General de Trabajadores, en octubre de 1918. Es decir, acto seguido de uno de los acontecimientos históricos más importantes que vivió la Unión General de Trabajadores como fue la huelga general revolucionaria de agosto de 1917, en la que la UGT, aliada a la CNT, desempeñó una fundamental acción que llevaría a la cárcel al Comité de Huelga de la UGT, entre cuyos miembros se encontraban Besteiro, Anguiano y el propio Caballero.

Largo Caballero se mantuvo en la secretaría del sindicato desde entonces hasta los sucesos que, sin duda, forman parte de la pequeña crónica negra de la organización, es decir hasta el año 1937, en plena guerra civil, después de haber salido de la presidencia del Gobierno de la República en el mes de mayo. En los meses siguientes, la UGT experimentaría una crisis profunda, la más profunda que ha atravesado nunca en toda su historia, que la llevaría a una escisión, con aquella célebre Comisión Ejecutiva de “la escalera”. Estamos en octubre de 1937⁵.

Caballero acabó dimitiendo y, de hecho, ya no volvió a ostentar ningún cargo en la Unión General de Trabajadores. A partir de entonces, la vida de Caballero fue muy problemática, muy dura personalmente⁶. Caballero vivió parte de los años de la Guerra Mundial en un campo de concentración nazi, en Onarienburg, sobrevivió a esta experiencia, pasó a vivir en París y volvió a intervenir en política de una manera activa durante el poco tiempo que le quedó, y murió en marzo de 1946.

Antes de pasar a relacionar su figura directamente con la herencia de Pablo Iglesias, quisiera añadir algo más sobre su actividad en estos años difíciles, que tiene varias etapas claves y perfilar la figura de Caballero en los años fundamentales de su actividad.

⁵ LARGO CABALLERO, Francisco: *La UGT y la guerra. Discurso en el Teatro Pardiñas de Madrid*, Valencia, Editorial Meabe, 1937.

⁶ AROSTEGUI, Julio: *Francisco Largo Caballero en el exilio. La última etapa de un líder obrero*, Madrid, Fundación Largo Caballero, 1990.

En lo que aquí importa, Caballero se convirtió en figura clave del sindicalismo socialista ya en los años veinte del pasado siglo. En los años veinte la actividad de Pablo Iglesias que moriría mediada la década había estado muy limitada, de forma que fueron años de intensa preparación para lo que después sería el ala izquierda del socialismo español y para su líder. En los años treinta tal línea pasó a identificarse mayormente con el ala obrerista, es decir, el ala sindical. De ahí el contraste con otras figuras como Besteiro –al que no dejó de seguir por ello una masa obrerista–, de los Ríos e, incluso, Prieto. Caballero fue siempre un hombre de posiciones más radicales, pero en los años treinta, quizá, se acentuaron, aunque no tanto como ha pretendido más de un autor. No cambió tanto como se ha dicho, porque él siempre fue un político, en el que paradójicamente –como político, decimos, aunque menos como sindicalista– se aunaron un extraordinario pragmatismo, que él mismo llamaría “oportunismo pragmático”.

La palabra *oportunismo* no tenía muy buena prensa, lo que no fue obstáculo para que Caballero la emplease. La clase trabajadora debía practicar el oportunismo porque habría de enfrentarse a una sociedad sobre la que, justamente, debería ejercer una tarea transformadora. Tal es la visión clave de Caballero durante la Dictadura de Primo de Rivera, y por ello fue precisamente él quien impuso esta política de colaboración con la Dictadura, o mejor, de dejarse cortejar hasta cierto punto por el dictador, que necesitaba, evidentemente, una representación de la izquierda obrera que no estuviera frente al régimen. Caballero vio la gran rentabilidad que una política de colaboración podría reportar al obrerismo organizado, con una CNT anarcosindicalista obligada a la clandestinidad. La UGT, por el contrario, siguió siendo una organización legal durante la época de la Dictadura, y esto significó un fortalecimiento evidente de la organización.

3. La “organización de la clase”, herencia pablista

La *organización* será justamente una idea y una palabra decisiva en el sindicalismo caballerista. Para Caballero “organización” no era un simple instrumento, era una política, una estrategia y un objetivo histórico. Sin organización como doctrina y sistema creía Caballero que la clase obrera no conseguiría objetivo alguno y la expresión “clase obrera organizada” fue uno de los grandes rótulos que emplearía siempre en su lenguaje público. Si la clase no está organizada no es clase. Esta es una idea que, por cierto, procede claramente de Pablo Iglesias, y que Caballero potenciaría de forma permanente.

Para ilustrar esa idea de la organización, Caballero relata en *Mis recuerdos* que, cuando fue elegido Secretario General de UGT en 1918, hizo lo siguiente:

Mi primera labor fue dotar a la Secretaría General de lo necesario para su buen funcionamiento: ficheros, carpetas, máquinas de escribir y taquigrafía. Con estas reformas, la Unión empezó a tener el aspecto de un organismo moderno y encontrarse en condiciones de cumplir su misión. Redacté y propuse la reforma de los Estatutos de la Unión General. Esta reforma ha estado en vigor hasta después de la Guerras Civil.

Efectivamente, el secretariado de Largo Caballero fue el que procuró a la UGT su estructura moderna hasta los tiempos posteriores al franquismo, en los que, por supuesto, hubo que introducir otro tipo de discurso y otro tipo de organización. En los años treinta, Caballero sería, sin duda, el primer líder sindical del país, respetado por toda la clase obrera –y por los aledaños de ella también–. La Unión General y el Partido Socialista se convirtieron, de alguna forma, en los ejes del nuevo régimen republicano. Pero en el interior de la “familia socialista” se desarrollaban ya larvadamente los gérmenes de lo que serían las graves disensiones que culminarían en el tiempo de la guerra.

El momento más decisivo de la historia del caballerismo es, sin ninguna duda, aquel en el que tiene en sus manos el Gobierno de la República enfrentado a una sublevación militar de la que se ha derivado una guerra civil ya en pleno desarrollo. Una de las connotaciones fundamentales del Caballero Presidente del Gobierno sería la de su atadura a esa tradición que ligaba la política y el sindicalismo que le permitió formular una gran proyecto de “unidad antifascista” frente a Franco, pero que castró también toda la política de guerra de los meses que transcurrieron entre septiembre de 1936 y mayo de 1937.

En septiembre de 1936, cuando la sublevación contra la República está en pleno desarrollo, es decir, cuando la guerra civil ha entrado en una fase irreversible llegaría la esperada crisis de gobierno burgués, entre otras cosas ante el sentimiento de las masas obreras de que la República no había respondido a la sublevación como, según la creencia y esperanza de estas masas, debería haberlo hecho. Tras un tormentoso mes de agosto se produjo la dimisión del gobierno de José Giral y se reconocería unánimemente, por los dirigentes, las masas y la prensa del momento, que la única persona capaz de dirigir un gobierno republicano y de unir al país contra una sublevación fascista era, sin duda, Francisco Largo Caballero.

Pese a que al propio Presidente de la República, Manuel Azaña, no le acabase de convencer la idea, y tampoco a otras figuras dentro del propio socialismo ni, como sabemos bien hoy, a los ya presentes asesores soviéticos del Partido Comunista, Azaña no tuvo otro remedio que aceptar que la Presidencia del Gobierno republicano se encomendara a Francisco Largo Caballero, con lo cual comienza lo que se ha considerado siempre la etapa no más larga, pero sí la más importante de la República en guerra.

Caballero, justamente, constituyó un Gobierno que estaría compuesto de sindicalistas, socialistas, republicanos y comunistas. Caballero presidente plantearía entonces una política de “alianza de clases y de organizaciones frente al fascismo”. Aquí podemos ver, sin gran esfuerzo, la culminación de toda aquella trayectoria que había comenzado con el siglo en la que la unidad, la conjunción de política y sindicato, la necesidad de organización estricta, serían los parámetros fundamentales. El pragmatismo obligó en este septiembre de 1936, con la sublevación enfrente y crecida a hacer de tripas corazón. El proyecto de Caballero fue unir a burguesía y clase obrera en la defensa de la república reformista. Por tanto, el radicalismo de Caballero, que le caracterizó en los meses anteriores, llegaba aquí a su límite. El de la creencia firme de que la guerra no se puede ganar sin burguesía o, por lo menos, una capa importante de la burguesía, junto a la clase obrera.

Esto significaba, sin duda, retomar con firmeza el Programa electoral del Frente Popular, y el abandono, ciertamente, de posiciones caballeristas previas –las de la primavera de 1936–, y la vieja idea de un socialismo gradualista que mantenía –como el mismo Caballero dijo en la campaña electoral del Frente Popular– que la República era una fase de la revolución burguesa, pero que tras ella había de venir la plasmación real de esta sociedad socialista. Tal cosa era la que de hecho pensaron siempre Iglesias y Caballero. Esa era la misión de la clase obrera. Es decir, las organizaciones de la clase obrera eran una “estructuración de la clase”, entendida en los años treinta como algo que no podría salir adelante sin la alianza con la burguesía –ahí están Fernando de los Ríos y Besteiro que lo defendían–. En plena guerra, la postura de Caballero sería ésta: la absoluta necesidad de forjar una firme *alianza de clases*, con partidos y de sindicatos, para poder dirigir la guerra contra el fascismo, porque con las divisiones que existen en este momento ese objetivo no es posible.

La realidad vendría a demostrar que el proyecto de Caballero era difícil de realizar, y lo ocurrido en mayo de 1937 tiene, entre otras, esta significación: la del estallido y ruptura definitiva de este proyecto de unión sindical, política, obrera y burguesa frente al fascismo. De hecho, en los gobiernos siguientes de Juan Negrín el sindicalismo ya no tendrá un papel significativo. En el segundo Gobierno de Juan Negrín habría de nuevo un sindicalista, Segundo Blanco, pero aquella gran alianza con la CNT y con los grandes partidos, socialista, comunista, republicanos de izquierda, había estallado ya en el mes de mayo. A partir de entonces, el proyecto de gran alianza antifascista de Caballero experimentó una quiebra definitiva.

Este proyecto caballerista, pues, que entendía que la clase obrera no tendrá verdadera función de clase, no cumplirá su función histórica, si no es “clase organizada”, es decir, encuadrada en organizaciones adecuadas, y poseedora de una cultura propia, es otro de los legados claves de Caballero, recogido, a su vez, de Pablo Iglesias.

4. Persistencia y variaciones de una herencia

Si el conocimiento de la Historia tiene alguna utilidad es, cuando menos, la de acostumbrarnos a la necesidad de la comparación y del contraste. La idea de *clase*, en cuyo ámbito se movió siempre el pensamiento y la predicación obrera de Caballero, tenía un claro precedente en lo que pensó y escribió Pablo Iglesias. Se ha dicho más de una vez que esta cierta “cerrazón clasista” que limitaba el primitivo socialismo español al obrerismo, sin abrirse a sectores de la pequeña burguesía ilustrada, al contrario de lo ocurrido en Francia, fue una profunda rémora para el crecimiento del socialismo en el primer cuarto del siglo XX.

Pero la idea de clase de la que hablamos, la idea de un proletariado organizado capaz de transformar la sociedad capitalista, formulada por Iglesias, sobre la base de un marxismo elemental, tuvo en Caballero una prolongación particular: lo que alguna vez hemos llamado su particular “intuición de clase”. Pero esta fue la que podríamos llamar primera herencia recogida de Pablo Iglesias. De ahí que el socialismo siempre planteará que las Casas del Pueblo tenían un papel fundamental, que la estructura del sindicato y el mantenimiento incólume del funcionamiento del sindi-

cato era muy importante y caracterizó de forma decisiva el entendimiento que el sindicalismo socialista tuvo del papel de las huelgas, siempre como última razón, y su rechazo firme de la idea de la “acción directa”. Por ello, la predicación de Caballero insiste en la capacidad, la intuición de la clase para hacer su propia política. Esta es la primera herencia pablista que recoge Caballero y en la que perseveró, aún con problemas, toda su vida. Se ha dicho, como hemos comentado, que el socialismo se cerró a los intelectuales, o a otras clases, con independencia del carácter reformista que tuvo. En ello tenía que ver esta cerrada idea de clase y se conectaba también con la importancia que tuvo siempre la idea de que la revolución era un proceso que no se daría de la noche a la mañana, sino que tenía unos pasos y unos límites.

La segunda herencia consiste en la creencia de que partido y sindicato —una confluencia que, como hemos dicho, caracteriza hondamente al socialismo de la época— no son simplemente organizaciones hermanas, sino que son organizaciones, y digámoslo con las propias palabras de Caballero, que es quien lo empieza a proponer desde el año treinta, aunque sin éxito, que “tienen que llegar a algo más que a una mera hermandad, tienen que formar un bloque, y sin este bloque no podrá hacerse absolutamente nada”. Por tanto, la idea que tenía Caballero, y lo dijo en alguna ocasión en los tiempos finales de la Dictadura y del paso a las maniobras para instaurar la República, aunque no tuvo desarrollo, era que había que llegar a una *federación* de las dos organizaciones. Es decir, él pensaba en un socialismo como bloque político único y con dos tipos de actividad, la política y la sindical, y una interpretación muy estrecha entre ambas actividades.

La tercera y última herencia es la idea de que el sindicato es justamente lo que constituye la estructuración, la vertebración de la clase. Si la clase no está organizada, en el molde societario del sindicato, no es tal clase. Una visión muy distinta de la propuesta por el anarcosindicalismo de la CNT, por ejemplo. Esta idea de que el sindicato era esencial hizo que el sindicalismo ugetista fuera en esta época extremadamente prudente —y esta es la idea pablista— en arriesgar la organización en grandes empresas reivindicativas, o sea en huelgas, principalmente, que pudieran representar un peligro para la organización. Dicho en palabras simples: Pablo Iglesias siempre impuso la idea de que la huelga era un instrumento que había que emplear muy prudentemente, que perder una huelga era mucho más catastrófico que no ir a ella. Pese a esto, hubo algunos momentos en que la huelga se impuso como procedimiento para llevar a notables fracasos. De la de 1917 devino una fuerte represión gubernamental y Pablo Iglesias lo expresaría en el Parlamento poco después: “los obreros han sido fusilados”. La huelga de octubre de 1934 volvió a fracasar. Sin embargo, estos fracasos no fueron estériles en ningún caso, crearon un estado de ánimo y una decisión que tuvieron luego efectos políticos evidentes.

Los tiempos obligaron a introducir siempre paulatinamente reacomodaciones y rectificaciones en este pensamiento básico. Ello fue claro en los años treinta y aún más en los tiempos de la guerra civil. Esta idea de clase según la plantea Caballero, que viene claramente de Pablo Iglesias, ha sido cambiada por el curso mismo de la historia. De tal forma que la idea que ha presidido durante medio siglo o más el comportamiento del socialismo acerca de la insolubilidad de la convergencia entre sindicato y partido hoy tiene una lectura bien distinta. Históricamente, de aquella convergencia se dedujo la interpenetración de los cargos en el partido y el sindicato.

Podríamos ver esto como otra herencia importante, pues la línea comenzó en el propio Pablo Iglesias. En Caballero se dio permanentemente hasta 1938. Caballero no sólo fue Vicepresidente y luego Secretario General de UGT, también lo fue del partido, como pasó con Besteiro, y con otros líderes.

Por tanto, en la figura de Caballero debe verse, a nuestro juicio, la proyección de Pablo Iglesias más clara que ha habido en el periodo histórico posterior a la plena actividad del fundador. Largo Caballero recogería la herencia con más claridad que otros líderes. La imagen de Caballero va ligada a muchas asunciones sobre la historia española del siglo XX que no siempre pueden ser mantenidas bajo esa forma de afirmación indiscutible y definitivamente adquirida: su radicalización en los años treinta, la escasa entidad de su pensamiento elaborado, la pretensión de hegemonía del sindicalismo. Esto requiere más estudio, pero también, creemos, requiere alguna mayor atención el hecho de que, por encima de las apariencias, Francisco Largo Caballero fue el continuador más cercano de la obra del fundador del socialismo español, Pablo Iglesias.